

El verdadero Bulnes

Alberto y Claudio Lomnitz

“La falta de ideas es también un problema político”

PERSONAJES:

Personajes de la clase gobernante:

Francisco Bulnes (1847-1924).

Justo Sierra (1848-1912).

José Yves Limantour (1854-1935).

Porfirio Díaz (1830-1915).

Manuel Romero Rubio (1829-1895).

Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895).

Rafael Reyes Spíndola (1860-1922).

Un capitán del ejército.

Un amigo de Bulnes y Sierra.

Otros.

Personajes femeninos:

Carmelita Romero Rubio (1864-1944).

María Teresa Irigoyen y de la Vega (María Teresa Bulnes).

Personajes de clase baja:

Sirvientes, Meseros, Voceadores de periódicos, Vendedor, Mujeres mendigantes, etc.

(La puesta en escena podrá incluir, a discreción del director, la presencia de más personas de clase baja, para subrayar el carácter elitista de la sociedad aquí retratada).

NOTA:

La obra se puede representar con ocho actores y una actriz/pianista, representando papeles múltiples. La actriz/pianista, además de representar los dos papeles femeninos, podrá tocar música de la época en varios momentos de la obra.

LUGAR DE LA ACCIÓN:

La obra se desarrolla en distintos lugares de la Ciudad de México, entre 1879 y 1903.

PRÓLOGO

BULNES (*dirigiéndose al público como narrador*)

Advertencia al lector.

Todavía no se nos baja el hastío de tanta inflamación y calentura Centenaria, por lo que podría parecer raro que ahora, tras de haber escrito ya dos libros sobre el tema, escriba todavía otro. Y es que, muy a mi pesar, tuve el papel de catalizador del culto apoteótico al pétreo benemérito, por el embrollo que produjo mi libro “El Verdadero Juárez”, que parece haber logrado unir al país más que ningún otro libro... ¡pero en mi contra! Y desgraciadamente lo unió no sólo contra mí, sino en un culto centenario, que a las verdaderas sensibilidades progresistas nos parece más bien un atavismo milenario.

La furia que desató mi libro, ustedes aquí lo verán, no tuvo otro origen sino el hambre de nuestra intelectualidad, que con humildad musulmana, y por míseros salarios, escuetas canonjías, ínfimos sobresueldos, y ridículas sinecuras, sirvieron al despotismo sin limitación, sin vergüenza, y sin vibración de rubor. Fueron ellos quienes entrevieron que el libro era un caso de “te lo digo Benito para que me oigas Porfirio” y convirtieron la defensa del espectro del héroe en una orgía de la dictadura.

Pero pastelero a tus pasteles. Comencemos como lo haría el historiador científico, dejando que hablen los protagonistas de la historia.

(Entra el resto de la compañía).

ESCENA I

TERTULIA EN CASA DE MANUEL ROMERO RUBIO,
1879

(Todos sentados, o quizás alguno de pie, pero todos con copa en mano.)

ROMERO RUBIO (*leyendo del periódico “La Libertad”*):
“Francisco Bulnes: Desde hoy forma parte de nuestra redacción el ilustrado escritor con cuyo nombre encabezamos estas líneas. En comunión de ideas y propósitos con el grupo de personas que hasta hoy han escrito *La Libertad*, el Sr. Bulnes viene como un amigo viejo a ocupar el puesto que hace tiempo le teníamos reservado. Nuestros lectores sabrán apreciar en lo que vale su cooperación.”

*(Todos aplauden.
Bulnes hace un gesto de agradecimiento).*

BULNES (*dirigiéndose al público como narrador*):
Corría el año de 1879. Estábamos en la tertulia de la casa de Don Manuel Romero Rubio, quien fuera hasta hacía

poco secretario de relaciones exteriores del Licenciado Don Sebastián Lerdo de Tejada, y que pronto sería también suegro del General Don Porfirio Díaz.

GUTIÉRREZ NÁJERA:

Alzo mi copa por Don Pancho Bulnes, que nos ha dado a los mexicanos ciencia y conciencia... ¡a latigazos!

(Risas).

BULNES:

Gracias a todos. Espero ser digno miembro de la redacción de *La Libertad*, y usar siempre mi pluma con ella de mi lado y siempre a su favor. Y a latigazos, en efecto, si hacen falta.

CARMELITA:

Don Pancho, para marcar esta ocasión mi papá y yo quisimos hacerle un obsequio. Conociendo su gusto por la belleza—

CAPITÁN:

¡No me diga que la fama de este calavera ha llegado incluso hasta sus castos oídos, Doña Carmelita!

(Risas).

LIMANTOUR (*dirigiéndose al público como narrador*):

Doña Carmelita Romero Rubio, hija de don Manuel y futura esposa de Don Porfirio, presidía la tertulia.

CARMELITA:

No he escuchado nada de eso, aunque sí he oído decir que el león piensa que todos son de su condición, Capitán. *(Risas.)* Pero agradezco el llamado de atención. Debí haber dicho, ‘su gusto por las curiosidades’: ¡cómo me divertí leyendo su libro de viajero, Don Pancho!

GUTIÉRREZ NÁJERA:

¡Deliciosa crónica!

CARMELITA:

Es por eso que mi papá y yo pensamos que le divertiría una de esas antiguallas de las que dicen que tanto le gustaban a Don Maximiliano. ¡Et voilà!

(Es una estatuilla prehispánica: un Ejécatl de piedra.)

ROMERO RUBIO:

A este trompudo Dios del Viento le decían “Ejécatl”, pero aclaremos: se lo damos a usted no por trompudo—

LIMANTOUR:

¡Valga la aclaración!

ROMERO RUBIO:

... si no porque su colaboración traerá nuevos aires a la república de las letras.

BULNES:

(Recibiendo la estatuilla) Dona Carmelita, Don Manuel: muchas gracias. Recibo de ustedes más que una mera curiosidad. Éste pedazo de texcal no es sino el padre mismo de la civilización, que es la hija levantisca de ídolos como este, ya que la civilización, como Júpiter, sólo alcanzó su soberanía asesinando a su padre. ¿Acaso es coincidencia que los espíritus más ilustrados de nuestro siglo hayan querido conservar el recuerdo de estas piedras ciegas? Más que a Maximiliano, este rudo fetiche me trae a la memoria lo que cuentan del viaje a México de Alejandro de Humboldt. Dicen que cuando Humboldt pidió ver un monolito azteca, el virrey, para darle gusto a su distinguido huésped, desenterró a la Cuatlicue. Pero tan pronto la acabó de ver Don Alejandro, el virrey la mandó enterrar otra vez: no fuera que la indiada volviera a sus idolatrías... ¡ya saben que la cabra siempre tira al monte!

(Risas).

SIERRA:

¡Hm! “Piedra ciega”, “rudo fetiche”, “texcal de la indiada”... se me hace que a usted, Don Pancho, el viejo Ejécatl le dio un mal aire.

ROMERO RUBIO *(dirigiéndose al público como narrador)*:

El correctísimo y prudente Don Justo Sierra, a pesar de su juventud, para entonces era ya un escritor célebre, director del periódico *La Libertad* y pronto entraría al congreso como diputado suplente.

BULNES:

Al contrario, Don Justo. Lo que quiero decir es que todos los libros de los más grandes espíritus se han escrito precisamente en contra de estas piedras, y justo por eso, este precioso obsequio tendrá un lugar de honor... en mi biblioteca. Que Comte y Spencer, Voltaire y Darwin por fin pesen sobre el ídolo mudo de nuestros aborígenes: ¡ojalá y lo abrumen!

(Risas).

CARMELITA:

Pero Don Pancho, platíquenos mejor aquello que cuenta en su libro sobre las óperas que vio usted cuando hizo su viaje a la China y al Japón. ¿Era aquello en verdad tan espantoso como lo cuenta?

BULNES:

El teatro en Japón me pareció... curioso. Pero la ópera China... lo que les pueda explicar no alcanza a conjurar las delicadas emociones que me hizo sentir. *(Risas.)* El canto era horrible; una especie de recitado sin cadencia, sin armonía, sin medida; no pasaba de una acumulación de gritos y de gemidos; *(canta:)* Miauu chiau chan chuuu...

La declamación inflexible de los... abusaré de la palabra y los llamaré “cantantes”... iba acompañada de un golpe de tam-tam a cada pausa gramatical, que ensordecía al primer cuarto de hora. Y mientras tanto, el público comía o dormía.

En fin doña Carmelita, puede ser que hubiera un gran mérito literario en aquella evocación al fastidio, pero como yo no comprendía el chino, me vi obligado a abandonar aquel tormento que me habían anunciado como diversión.

(Risas y aplausos).

CARMELITA:

¡Y qué suerte estar de este lado del mar! Para que en vez de esos bombazos y chillidos, Don Manuel nos regale mejor algunos de sus melodiosos versos.

ROMERO RUBIO:

Don Manuel, ¿que trae usted para la concurrencia en una noche como la de hoy?

CARMELITA *(dirigiéndose al público como narradora)*:

Don Manuel Gutiérrez Nájera, poeta laureado.

GUTIÉRREZ NÁJERA:

Traje unas estrofas que acabo de componer, y que espero no le produzcan a Doña Carmelita lo que los chinos a Don Pancho.

“De Margarita.

Un rizo tengo aquí de tu cabello:
Rizo que con malicia y travesura,
A la trenza que enroscas en tu cuello
Robé como reliquia de hermosura.

Para adquirir ¡Oh Diosa! tal tesoro
Rothschild y Vanderbilt son muy pequeños;
Con este breve pedacito de oro
Voy a comprar el mundo de los sueños.

¡Aquí está! Si me acerco, si respiro,
En el blanco papel bulle travieso.
Por eso, triste, sin hablar, lo miro,
Y con los ojos nada más lo beso.”

(Aplausos.
Elipsis de tiempo.)

BULNES (*dirigiéndose al público como narrador*):
Pero la reunión en realidad era para otra cosa. Don Porfirio terminaba su primer período de presidente. Como su lema de campaña contra Lerdo de Tejada había sido “sufragio efectivo y no reelección”, todavía no se animaba a cambiar la constitución para reelegirse. Buscaba, en vez, turnarse en el poder con su compadre Don Manuel González.

ROMERO RUBIO:
Esta noche los hemos convocado mi bella esposa, mi hija Carmelita y yo no sólo para disfrutar de la conversación y de la distinción de tan finos amigos, sino también para convenir, reunidos todos, en aceptar el trato de amistad que nos ha ofrecido con gentileza y perseverancia el General Don Porfirio Díaz.

CAPITÁN:
Y hay que convenir en ello. Ciertamente, fuimos amigos devotos de Don Sebastián Lerdo de Tejada, y por consiguiente enemigos del General Díaz. (*Dirigiéndose a un invitado que quizás el público no ve:*) Usted General Rocha combatió contra él; nuestro anfitrión, Don Manuel, pasó al exilio al triunfo del General Díaz. Hasta el joven Don Pancho Bulnes se batió en la acción de Tecoaac. Ciertamente, todos quisimos a Don Sebastián...

SIERRA (*dirigiéndose al público como narrador*):
Yo de hecho no era gente de Lerdo, sino de don José María Iglesias, pero lo que menos necesitábamos ahora, era remarcar más diferencias.

CAPITÁN (*continúa*):
... creímos en Don Sebastián. Pero la conciliación con el General Díaz se la debemos a la patria.

SIERRA (*dirigiéndose al público como narrador*):
Nuestro pobre México estaba extenuado con tanta revolución. Y desde la caída de Maximiliano, los liberales triunfantes, en lugar de trabajar en armonía, no habíamos hecho más que pelearnos. Ahora, de cara a una nueva elección, estábamos resueltos a apoyar la continuidad, la paz y el orden.

CARMELITA:
Hoy mismo leía en *La Libertad* algunos pensamientos de Don Justo que me parecieron... ¿Cómo expresarlo? ... Que me parecieron justos. (*risas*)

SIERRA (*dirigiéndose al público como narrador*):
Me habría de pasar toda la vida escuchando ese chiste...

CARMELITA:
Lleva el título exaltado de “Nuestro Programa de Combate”. Don Justo, háganos usted el honor de ofrecernos a viva voz algunos de los sentimientos que apuntó.

(*Le pasa el Periódico.*)

SIERRA:
Me honra usted demasiado, Doña Carmelita, pero jamás me negaría a alguna petición suya, aún cuando al aceptarla pudiera parecer impúdico. (*Lee:*)
“Nuestro Programa de Combate:

No nos hacemos ilusiones. Sabemos perfectamente que el país no ha de tomar parte en la elección venidera; que nuestros partidos no son grupos políticos, sino banderías personales; que nuestro país necesita que le sirvan la mesa. Lo que es preciso, y en esto ha consistido el eterno error de los gobernantes de México, es servirle un plato que le guste. Este es el secreto: una cuestión de cocina, como la mayor parte de las cuestiones políticas.

No se nos oculta que el profundo trabajo de descomposición que mina y gasta, ya no sorda, sino ostensiblemente a esta sociedad, necesita en las próximas crisis, en que la anarquía latente ha de subir del albañal a la calle, de hombres de energía extrema, incapaces de tiranizar, pero formados para reprimir. Todas estas circunstancias agigantan la responsabilidad del jefe actual del ejecutivo. Los hombres tienen poca influencia en la corriente de los sucesos humanos, regidos por leyes fatales; pero un hombre puede retardar o precipitar la marcha de esta corriente, y el General Díaz está en ese caso.”

ROMERO RUBIO:
Yo sólo disiento de Carmelita en un punto. Don Justo, ¡no sólo sus expresiones son justas! (*Risas amables.*) Usted nos muestra el camino que debemos seguir, no sólo con sus razones, que son clarísimas, sino también con el ejemplo. Dejar atrás las pasiones de partido, hacer de lado la fiebre y la hiel de la venganza. Hace falta el valor sublime del perdón y del amor por la patria, por encima de cualquier otro. Por eso, señores, alzo mi copa y pido un brindis: ¡Por la unión!

TODOS:
¡Por la Unión!

BULNES (*dirigiéndose al público como narrador*):
Don Manuel ya se perfilaba para el puesto de secretario de gobernación de Don Porfirio Díaz, cargo que ocuparía hasta su muerte.

ROMERO RUBIO:
Y ahora sí Carmelita, tócanos algo.

*(Carmelita se sienta a tocar el piano.
Entra un sirviente y habla al oído de Romero
Rubio.
Romero Rubio interrumpe a su hija).*

ROMERO RUBIO:

Señores: ha llegado el General Don Porfirio Díaz. *(Al sir-
viente:)* Que pase el Señor Presidente, por favor.

*(Sale Sirviente.
Entra Don Porfirio en traje inglés.)*

DÍAZ:

Señores, siéntense por favor. Doña Carmelita, siga usted tocando...

*(Elipsis de tiempo. Al fondo, Carmelita toca el
piano, observada por Díaz y Romero Rubio. En
primer término conversan íntimamente Bulnes,
Sierra y Limantour).*

BULNES:

Aquello de que el General Díaz es incapaz de tiranizar estará por verse, pero me gustó tu diagnóstico, Justo, sobre todo aquello de que el país necesita que le sirvan la mesa. ¿Cuál “ciudadanía”? Si en su mayoría nuestros compatriotas tienen el hambre y la rapacidad de un pelón de hospicio. A ver, Pepe: ¿Tú qué platillo nos servirías de entrada?

LIMANTOUR:

El pago de la deuda inglesa.

(Bulnes y Sierra se atragantan con el vino.)

SIERRA:

Veo que a pesar de tus orígenes, prefieres la cocina española a la francesa: ¡nada de entradas ligeras!

BULNES:

¡Cincuenta años llevan las potencias de Europa tratando de hacernos tragar esa purga y tú quieres que Don Manuel González la sirva de aperitivo!

SIERRA *(dirigiéndose al público como narrador):*

José Yves Limantour, desde los 21 años profesor de economía política y catedrático de derecho internacional, había hecho suyas las ideas de los románticos ingleses en el sentido de que cada hombre es una isla.

LIMANTOUR:

El país necesita dos cosas: paz y dinero. Con el pacto que estamos sellando esta noche, Don Porfirio, con su compadre de presidente, va a imponer la paz. Pero la paz solita no va

a traer los capitales extranjeros, y si los capitales no vienen, la paz no va a durar. Aunque sea amargo el platillo, el pago de la deuda inglesa debe ser la entrada.

BULNES:

¡Falta conocer al general que se aviente ese toro!

LIMANTOUR:

Pues si los tres estamos comprometidos con nuestra idea de traer el progreso a México, nos lo vamos a tener que aventar nosotros, juntos y cada quien desde su trinchera.

(Pausa)

SIERRA:

Señores: ¡por la Unión y el Progreso! *(Brindan).*

ESCENA 2

PRIMERA CONVENCION NACIONAL LIBERAL. 23 DE ABRIL DE 1892

BULNES *(dirigiéndose al público como narrador):*

En los trece años que pasaron desde aquella tertulia, se cumplieron varios de los propósitos de nuestro pequeño círculo. La época de las revueltas estaba casi del todo conjurada, y aunque no se sirvió de platillo de entrada, la deuda inglesa se pagó y los capitales fluyeron copiosamente a nuestro país.

Pero ahora estábamos ante la tercera reelección consecutiva de Don Porfirio Díaz; un trance muy delicado, según nuestro punto de vista, porque ahora sopesábamos el riesgo de la dictadura contra la importancia de la continuidad. Como nuestro ideólogo más señalado, le tocó a Don Justo Sierra redactar nuestro manifiesto y presentarlo a la nación.

23 de abril de 1892, Ciudad de México, Primera Convención Nacional Liberal.

(Sierra al podio, de frente al público, da un discurso. Al fondo, también de frente al público, están sentados, como ídolos de cartón, Díaz y Carmelita. En primer término, de espaldas al público, como si estuvieran sentados en la primera fila de la sala, Bulnes, Limantour, Romero Rubio y otros escuchan el discurso: de vez en cuando voltean y lo comentan hacia el público, como quien comparte un chisme con amigos sentados en la fila detrás).

SIERRA *(leyendo discurso):*

Conciudadanos:

El movimiento inusitado y general con que la república respondió al llamamiento de la Unión Liberal es prueba

irrefragable de que el PARTIDO Liberal está ya en aptitud de marcar los derroteros del progreso y el orden...

BULNES (*comentado el discurso hacia el público, confidencialmente*):

Don Justo comienza bien, ¿vieron? Cómo si nada, ya dio por sentada la existencia del partido liberal. ¡A ver si le sale la jugada!

LIMANTOUR (*se mantiene la misma mecánica*):

Cualquiera diría que es el supuesto partido el que convoca a esta convención, cuando en realidad estamos usando la convención para darle cuerpo a un partido.

SIERRA (*continúa discurso*):

El fenómeno descollante en los últimos tres lustros de nuestra vida social es el progreso material, que ha despegado gracias al inesperado desarrollo de nuestras comunicaciones, que poniéndonos en contacto con nosotros mismos y el mundo, ha centuplicado nuestra cohesión nacional y nos ha permitido alcanzar a nuestro siglo que nos llevaba una delantera enorme. Ahora, la nación anhela por el advenimiento de un período de progreso intelectual y moral, por la difusión, ya valientemente iniciada, de la educación popular; por la demostración con hechos cada día más notorios, de que se conoce el valor de esa fuerza mental que se transforma en inmensurable fuerza física, y que se llama 'La Ciencia'.

ROMERO RUBIO:

¡Ay, estos jóvenes ambiciosos tan emperifollados con su ciencia positiva!

OTRO QUE ESCUCHA EL DISCURSO:

Ahora sí, ¡se lanzaron los Científicos!

LIMANTOUR:

Como que Don Justo ya pinta para ministro de Instrucción Pública, ¿o no?

SIERRA (*continúa discurso*):

La garantía de la paz social está en la justicia, y la democracia mexicana tiene ahora la obligación de conquistar, como en los Estados Unidos, la independencia de su rama judicial, evitando así que los jueces puedan ser puestos y quitados a antojo. Con la denominación vitalicia de nuestros magistrados, conseguiremos un sistema judicial independiente, competente y responsable, que es la sustancia misma de las instituciones libres.

ROMERO RUBIO:

¡Ah jijo!

BULNES:

¡Bien por Don Justo! Como dicen los políticos: el que pega primero, pega dos veces. Porque además de la formación del Partido Liberal, la autonomía del poder judicial es la otra cuña que queremos ponerle al próximo gobierno de Porfirio Díaz.

LIMANTOUR:

¡Cualquiera entiende que un poder judicial independiente es una mordaza para la dictadura!

SIERRA (*continúa discurso*):

Bien sabemos que la reelección frecuente de funcionarios no es de buen consejo para un país que se organiza; Bien sabemos que lo que importa mantener incólume en un pueblo democrático, es el derecho de reelegir y no el ejercicio constante de la reelección.

La reelección presidencial sólo es excepcionalmente recomendable. Este caso excepcional ha llegado, lo decimos con profunda convicción. Y no por ser nuestro candidato el Hombre Indispensable. No: cuenta la patria con excelentes servidores, dignos de la primera magistratura; pero se trata de conducir al fin de su período más delicado una obra por extremo compleja.

Hoy, se compenetrán la cuestión de nuestro crédito, factor de nuestra prosperidad, la de nuestra organización fiscal, garantía de ese crédito; la de nuestro progreso material, fuente de la fortuna pública y de nuestra potencia financiera, y sobre todo, la de la transmisión de la paz, base de toda solución de estos problemas, que, en realidad, son uno solo.

BULNES:

(*A Limantour, dándole unas palmaditas en el hombro*): Que quede claro, ¿eh? La continuidad sólo se justifica a partir de tu política económica.

ROMERO RUBIO (*Volteando hacia el público: se reanuda mecánica anterior*):

Don José Yves Limantour ya está amarrado para Hacienda.

SIERRA (*continúa discurso*):

En los países nacidos a la libertad por su origen y por su historia, y nutridos en la libertad, como el país de Washington, una reelección reiterada sería casi imposible; pero puede ser, pero es necesaria, por un motivo extraordinario, en las naciones de la condición política de la nuestra.

Sólo que este mandato, tres veces renovado, es de un desempeño más difícil que nunca en el período próximo, porque a él toca la justificación definitiva de los otros. La democracia mexicana no abdica pues, sino que obliga.

LIMANTOUR:

¡Ah, chingao!

BULNES:

“Obliga” a que sea la última reelección.

ROMERO RUBIO:

¡Levantiscos estos Científicos! Ésta, Don Porfirio se las va a cobrar.

SIERRA (*concluye discurso*):

La Primera Convención Nacional se disuelve, pues, llamando al pueblo al derecho, es decir, al sufragio, y llamando al gobierno al deber, es decir, a la libertad.

Y en plenitud absoluta de su conciencia y su mandato, presenta como candidato del Partido Liberal para la presidencia de la república en el próximo cuatrienio, al Ciudadano General Don Porfirio Díaz, por lo que ha hecho, y por lo que hará.

(*Aplausos*).

ESCENA 3

JOCKEY CLUB. DÍA SIGUIENTE.

BULNES (*dirigiéndose al público como narrador*):

A la noche siguiente, en el Jockey Club...

LIMANTOUR (*Leyendo del periódico El Diario del Hogar*):

“La llamada Gran Convención, compuesta en su mayor parte de *amigos del Presidente*, tiene la loca pretensión de interpretar el sentimiento público, imputándole la *teoría de la gratitud* que fraudulentamente están deslizando por entre nueve millones de ciudadanos...”

BULNES (*dirigiéndose al público como narrador*):

El *Diario del Hogar*: el periódico más tenaz de la oposición, dirigido por Don Filomeno Mata, quien entraba y salía de la cárcel de Belem como quién entra y sale de su casa.

LIMANTOUR:

Fuerte la estocada de Don Filomeno.

SIERRA:

La verdad, Pepe, este mal trato me gratifica, más bien. Nuestra preocupación tiene que ser la reacción del General Díaz y no la de los jacobinos. Al ponernos en el mismo saco con el General Díaz, le está endulzando lo de amargo que tiene nuestro manifiesto.

LIMANTOUR:

Pues qué bueno que te gusta el tono, porque Don Filomeno remata: (*lee*) “¿A dónde iría a parar un pueblo que, después de sacudir el yugo de los extranjeros, aceptara el de sus héroes?”

BULNES:

Yo voy de acuerdo con lo que dice Justo. Mientras más duro patee el pesebre de la reelección el Diario del Hogar, mejor para nosotros, y si nos retrata como lacayos del General Díaz, tanto mejor. Si muchos chillan como Don Filomeno, Don Porfirio hasta va a poder decir que poner un poder judicial independiente fue idea suya, y que él es el abanderado de un verdadero partido, y que entró a esta reelección obligado y por última vez. A mi, más bien, la nota que me preocupa es la de *El Monitor Republicano*...

LIMANTOUR (*dirigiéndose al público como narrador*)

El diario liberal de más rancio abolengo.

BULNES:

(*Leyendo de El Monitor Republicano*): “La Convención Nacional, compuesta de personas que no vacilaremos en considerar como las más inteligentes en política de cuantas figuran en las líneas gobiernistas—”

SIERRA:

Demasiado protagonismo.

BULNES:

“... ha procedido, al escribir su manifiesto, como si estuviera constituida por los más escrupulosos y caracterizados individuos de la oposición.”

LIMANTOUR:

Chin.

SIERRA:

¿Alguien quiere otra copa? (*Al mesero 1:*) Anselmo, otro whiskey. (*Con un gesto indica “para los tres”*)

BULNES:

(*Carraspea*) “La Convención reconoce *como nosotros* que es necesario emprender grandes y poderosas obras. Formula un programa de gobierno que significa tanto como una regeneración.” (*Pausa. A los otros:*) Y se pone todavía peor: (*sigue leyendo:*)

“Tal vez la Convención haya creído que era conveniente moderar la temeridad de sus proyectos bajo el humilde ropaje de una forma llena de precauciones. ¡Un poco más de entereza y la Convención Nacional hubiera declarado que es necesario destuxtepecanizar las cosas!” (*Mesero 1 termina de llenar de whiskey los vasos y se retira.*) “Mal trecha queda en su manifiesto la absurda teoría del ‘Hombre Necesario’, y aniquilada para siempre la estúpida pretensión de que Don Porfirio sea el único hombre capaz de regir los destinos del gran pueblo mexicano.”

(*Los tres respiran hondo. Pausa; beben.*)

MESERO 1 (*A Mesero 2, aparte*):

Yo destuxtepecanizo, Tu destuxtepecanizas, Vosotros destuxtepecanizáis.

SIERRA:

Esto sí preocupa.

LIMANTOUR (*Viendo otro periódico: El Partido Liberal*):
¡Miren, miren! En una de esas, lo del monitor no es para tanto. Aquí está la respuesta que les hace ni más ni menos que Don Manuel Gutiérrez Nájera en la edición vespertina de *El Partido Liberal*. (*Lee*):

“Compréndese bien que el notable documento de la Convención haya producido una verdadera alarma en el campo de los descontentos de El Monitor Republicano; no se esperaban ellos que el PARTIDO Liberal—”

SIERRA:

¡Bien por Don Manuel!

LIMANTOUR:

“... que el Partido Liberal pudiese dar muestras de tan poderosa energía y de ambiciones tan altas, muy a pesar de la guerra que le declaró el órgano de Don No, eterno pesimista, eterno declamador y eterno profeta de males: no se imaginaban que podría tener un éxito tan cabal la obra de la Convención. ¿Acaso la oposición ha hecho otro papel, que el de esos labriegos ignorantes que ponen piedras en los rieles para que descarrilen los trenes, sólo tratando de poner obstáculos a la marcha del progreso?”

(*Pausa*)

BULNES:

Pues a ver cómo nos va con Don Porfirio...

MESERO 2 (*A Mesero 1, aparte*):

La revolución de Tuxtepec está tuxtepecanizada, el que lo gre destuxtepecanizarla será un gran destuxtepecanizador.

MESERO 1 (*Enderezándose de pronto, anuncia*):

¡El Señor Presidente, General Don Porfirio Díaz; el señor secretario de gobernación, Señor Licenciado Don Manuel Romero Rubio!

(*Todos se ponen de pie. Entran Díaz y Romero Rubio, y se dirigen directamente a la mesa de Sierra y compañía*).

SIERRA, BULNES y LIMANTOUR (*saludando de mano*):
Señor Presidente; Señor Secretario...

DÍAZ:

Gracias de nuevo, Justo, y a todos ustedes, por haber organizado una convención tan animada. (*Pausa. A Limantour*):
Pepe, quisiera que me hicieras el favor de venir mañana a Palacio a eso de las diez de la mañana. (*A los tres*): Sigán en lo suyo Señores: con permiso.

SIERRA, BULNES y LIMANTOUR:

Gracias, Señor Presidente.

(*Díaz y Romero Rubio bajan a primer término*).

(*Atrás, Bulnes y Sierra dan entusiastas palmadas de felicitación a Limantour*).

ROMERO RUBIO:

(*A Díaz*): ¿Qué les vamos a dar?

DÍAZ:

Algo bueno a cada uno, cómo no. Se lo merecen.

ROMERO RUBIO:

¿Y de su programa?

DÍAZ:

No: de su programa... nada. Las flores que me echaron, ¡y eso si acaso!

ESCENA 4

CALLES DEL CENTRO; LUEGO PALACIO NACIONAL.
17 DE SEPTIEMBRE DE 1897

(*Bulnes en compañía de un amigo que lee el periódico El Imparcial. Caminan por la calle, con ímpetu*).

BULNES (*dirigiéndose al público como narrador*):

Don Porfirio cumplió al pie de la letra: a nuestro grupo le fue mejor que nunca. Pepe, como secretario de hacienda, rápidamente llegó a ser el ministro más destacado del gabinete. Justo y yo seguimos en el congreso y nuestros periódicos cada vez más influyentes. Claro que nuestro relieve en la vida pública también nos granjeó una cuota de enemigos que pretendieron mofarse de nosotros tildándonos con el mote de “científicos”. Sobra decir que lo consideramos un honorífico.

Pero la sentencia de Don Porfirio también fue implacable: de nuestro programa político, no hubo nada. Ni poder judicial independiente, ni partido liberal, ni transición democrática. En 1896, Don Porfirio se reeligió por cuarta ocasión consecutiva, lanzado ya no por nuestro grupo —ni por partido alguno— sino por una partida de lambiscones sin

otro programa más que el de adular al presidente y recibir canonjías, y que se hizo llamar la “Sociedad de Amigos del General Porfirio Díaz”. La transformación del General Díaz comenzó a ser patente, y se hizo notoria con el truculento asunto de Arnulfo Arroyo. 17 de septiembre de 1897.

AMIGO (*Leyendo de El Imparcial*):

“En los momentos en que el Presidente de la República, rodeado de sus ministros, colaboradores de su obra de paz y de progreso, seguido de los compañeros de sus glorias y aclamado por el pueblo, que le debe el bienestar y la prosperidad, se dirigía a festejar en pompa oficial el más glorioso de nuestros aniversarios, un perverso alevoso, olvidado de cuánto debe la patria al hombre que hoy gobierna, un individuo repugnante y audaz, se arroja impetuosamente sobre él y pretende causarle mal.”

VOCEADOR DE PERIÓDICOS:

¡El Imparcial! ¡Lea todo el atentado! ¡Atentado contra el General Díaz!

BULNES (*Dirigiéndose al público como narrador*):

El Imparcial, primer periódico estilo americano de México: primero en emplear “reporters”, primero en explotar la nota sensacional, primero en publicar fotografías, primero en usar la nueva prensa rotativa. Se había fundado hacia apenas un año, y era ya el órgano oficial del gobierno.

VOCEADOR DE PERIÓDICOS:

(*A Bulnes*) *El Imparcial*, patrón...

BULNES:

Ya tenemos, gracias. (*A su amigo*:) Sígueme leyendo: ¿no dice nada del linchamiento?

AMIGO:

(*Leyendo*:) “Nunca como ahora la sociedad tiene el deber de ser inexorable; nunca como ahora el castigo debe seguir inmediatamente al atentado; nunca como ahora debe sofocarse todo sentimentalismo vano, y olvidarse todo principio filosófico extravagante para hacer caer sobre el delincuente la espada de la ley—”

BULNES:

¿Pero qué dice sobre el borrachín de Arnulfo Arroyo? Por fin, ¿era o no era anarquista?

AMIGO:

(*Leyendo*:) “... Este hombre repugnante trabajaba por su propia cuenta, no surge de la caverna tenebrosa de un sabai anarquista; no lo inspira un ideal político, social o económico que lo expliquen, ya que no pueden justificar su delito; no lo secunda una teoría de ilusos, que sueña con

mejoramientos o aspira a reformas; va sólo impulsado por la baja envidia de una grandeza que no ha sabido conquistar para sí; empujado por el deseo de aniquilar cuanto vale y cuanto brilla, porque él no ha sabido ni valer ni brillar. No es un hombre, es un crimen; No es una idea, es un miasma; No es una aspiración, es el vicio.”

BULNES:

O sea que no era anarquista.

AMIGO:

Pues a mí me dijeron que la policía no le encontró más que una estampa de la virgen.

BULNES

El anarquista guadalupano... ¿será el nombre de una cantina?

(*Entra Sierra.*)

AMIGO:

¡Justo! Justo íbamos a verte, Justo...

(*Sierra suspira, fastidiado por el chiste de siempre.*)

BULNES:

Pensamos que tu sabrías algo más de este embrollo. Estamos desconcertados: Arnulfo Arroyo ataca, pero no viene armado; es conocido en todas las cantinas, pero dizque es anarquista; Porfirio Díaz exige que se le respete la vida, ¡pero esta mañana amanece muerto!

AMIGO:

No oímos más que rumores. ¿Quién mató a Arroyo? El Imparcial no dice.

SIERRA:

Si dice: en la página tercera.

AMIGO (*Buscando en el periódico*):

¡Aquí está! (*Lee*:) “El 16 de septiembre se cometieron dos atentados: el que en la mañana ejecutó Arnulfo Arrollo contra el Presidente de la República, y el que en la noche llevó a efecto un grupo del pueblo contra el agresor del jefe del estado. La sociedad de México, que repugna el asesinato político, no puede simpatizar con esa forma brutal de hacer justicia, en grupo. Éste es el primer caso de linchamiento que se registra en la república y esperamos por nuestro decoro de pueblo civilizado que será el último.”

BULNES:

Eso de que es el primer linchamiento de México... ¡Pff! En el país de los aztecas, la justicia popular fácilmente se confunde con el sacrificio humano.

UN VENDEDOR:
(*Trae sombrero de periódico y su mercancía envuelta también en periódico*) ¡Cueritos! ¡Chicharrones! ¡Cueritos, patrón?

SIERRA:
No, gracias.

AMIGO:
¿Pero cómo, un linchamiento dentro de la comisaría? Arroyo estaría custodiado por toda la policía capitalina.

SIERRA:
Entre tanto rumor y tanta conspiración, la verdad, no sé qué pensar. Yo iba a palacio, a ver qué sabe Pepe Limantour.

BULNES:
Te acompañamos.

(*Caminan*).

OTRO VOCEADOR DE PERIÓDICOS:
¡El Popular, El Popular, El Popular! ¡Lea del falso linchamiento! ¡Le echan la culpa al pueblo!

AMIGO, BULNES y SIERRA:
¡Aquí, muchacho!

(*Compran el periódico.*)

SIERRA (*dirigiéndose al público como narrador*):
El Popular, que se anunciaba como “diario moderno, independiente, político, ilustrado, joco-serio y de caricaturas”, era un órgano liberal de oposición moderada, con un pique a muerte contra *El Imparcial*.

AMIGO:
(*Leyendo El Popular*): “México todo se ha estremecido con el criminal atentado contra el primer magistrado de la república, Señor General Don Porfirio Díaz”–

BULNES
Ya, ya. ¿Qué más?

AMIGO:
Mmm... (*Leyendo*): “Cuando el Presidente se incorporó, ya los señores Ángel Ortiz Monasterio, comodoro de la armada nacional y General Pradillo, gobernador de palacio, que marchaban a su lado, y que como todos fueron también sorprendidos, se habían arrojado sobre el agresor, interponiéndose entre él y el Presidente. El Sr. Monasterio, que portaba bastón, dio en el instante un golpe con él en la cabeza de Arroyo, tan fuerte, que el bastón se rompió

en dos pedazos, dejando imposibilitado al vicioso y pendenciero agresor.”

SIERRA:
¡Un bastonazo bastó para acabar con el anarquismo mexicano!

AMIGO:
(*Sigue leyendo*): “Todo esto pasó instantáneamente, causando una sorpresa tanto más grande, cuanto que jamás, hasta ahora, se había atentado en público contra la persona de Presidente de la República alguno: todavía recordamos que hace apenas unos años en esa misma calle, el entonces Presidente General Manuel González, se apeó de su carruaje y se mezcló al pueblo, que estaba irritado por la cuestión del pago de la deuda inglesa, y le preguntó qué era lo que quería. El pueblo, valiente y generoso, contestó con respeto al Presidente que reprochaba el arreglo de esa deuda, y contestando el General González que se tendría en cuenta su opinión, volvió a montar en su carruaje y se retiró tranquilamente.”

BULNES:
¡Pero basta de tanto prólogo! ¿Qué dice del linchamiento?

AMIGO:
(*Sigue leyendo*): “A los vítores al Presidente mezclaba el pueblo enérgicos mueras al anarquismo y a los anarquistas. Pero tan evidente fue la insensatez del agresor que el General Díaz consideró que el atentado no podría tener trascendencia alguna y lo calificó meramente como una infracción contra el orden público. Ordenó que se turnara el asunto a la policía, como se hizo, y, sobre todo, que NO SE LE HICIERA NADA A SU AGRESOR, lo que NO se hizo.”

SIERRA:
Como mínimo, hay aquí una grave falta de la policía como custodio.

BULNES:
Eso si no fueron los policías mismos quienes oficiaron de sacerdotes en este sacrificio inútil.

AMIGO:
(*Sigue leyendo*): “La sociedad no ha perdido nada con la muerte de ese miembro corrompido, pero la justicia social ha perdido su inmaculada majestad con el brutal atentado de los embozados sacrificadores de Arroyo, que, en su estúpido criterio, han creído tal vez defender a la Nación y a su Jefe Supremo, sin comprender que a la vez mancillaban a la Justicia y a la Nación con ese asesinato, haciendo que recayera sobre el General Díaz parte de ese descrédito. Pero afortunadamente para la Nación y para su Primer

Magistrado, su modo de ser y su alta dignidad están más allá de toda sospecha.”

SIERRA:

Nótese que nadie lo acusa pero que todos se sienten obligados a defenderlo.

AMIGO:

¿Crees que lo mandó matar Díaz?

BULNES:

(A Sierra, ignorando la pregunta del amigo). Me temo, Justo, que aquí se toquen la mano el liberalismo jacobino de nuestros próceres, con la sed de sangre de nuestros aborígenes. Desde hace rato ya que, al igual que Don Benito Juárez, Don Porfirio se cree la encarnación de la voluntad popular, y es por eso que un ataque a Díaz se resiente como una afrenta al pueblo. Pero además, ahora se asoma el atavismo azteca: el insulto sólo puede ser vengado con la sangre del sacrificio, ¡y a la porra con la justicia y la civilización! Si es verdad que el pueblo sacrificó a Arroyo, malo para la justicia; pero si resulta que fue una víctima del Estado, peor.

AMIGO:

¿Creen que sea para tanto?

SIERRA:

Sigue leyendo.

AMIGO:

(Sigue leyendo): “*El Popular* no puede rechazar fundadamente la que aparece como verdad oficial, porque no presenció el asesinato, pero sí rechaza enérgicamente el cargo de asesino que se le hace al pueblo. Y tenemos razones para ello; 1º- porque el pueblo no acostumbra el linchamiento, ni asesina en masa y a sangre fría; 2º- porque a esa hora, la una de la mañana, la plaza estaba ya desierta, y el pueblo fatigado ya se había recogido; 3º- porque ninguno de los asesinos pudo ser aprehendido *in fraganti delicto*, lo cual en una comisaría no deja de ser extraño. No sabemos lo que ha pasado, pero no afirmamos que el pueblo linchó a Arnulfo Arroyo como lo hace *El Imparcial*, sólo porque así lo informa la Inspección General de Policía.”

BULNES:

Primera vez que concuerdo con *El Popular*.

SIERRA:

Pues a ver qué dicen en Palacio.

(*Camina en silencio.*

Pasan junto a una hilera de mujeres indígenas pidiendo limosna.)

MUJERES INDÍGENAS:

Señorito... Señorito. Una caridad... una caridad.

(*Llegan a Palacio. Se encuentran con un grupo que también camina: adelante al centro Porfirio Díaz en traje militar de gala con bicornio, a su derecha otro general, a su izquierda Rafael Reyes Spíndola, director de *El Imparcial*. Un paso atrás, Limantour y otro militar.*)

SIERRA:

Señor Presidente, conociendo los muchos asuntos que tenía usted que atender después del suceso de ayer, creímos prudente esperarnos hasta ahora para venir a manifestarle nuestro alivio y regocijo de saber que salió usted ileso. Lamentamos, sin embargo, el triste acontecimiento de la madrugada, que imaginamos lo habrá contrariado.

DÍAZ:

Muchas gracias. Las muestras de afecto que he recibido, no sólo de viejos amigos como ustedes sino de todo el pueblo mexicano, han sido tales que han llenado mi espíritu de la voluptuosidad que se tiene cuando se siente uno querido.

REYES SPÍNDOLA:

Yo diría más aún, Señor Presidente, las manifestaciones de consternación, apoyo y cariño de todos los rincones de la república han sido tan universales que me atrevería a afirmar que ésta ha sido una nueva forma de sufragio electoral, más viva y más sincera que la constitucional: es la del amor del pueblo a su gobernante.

BULNES (*dirigiéndose al público como narrador*):

Rafael Reyes Spíndola, director del periódico oficial *El Imparcial*, para estas fechas funcionaba ya como secretario de propaganda de Díaz.

REYES SPÍNDOLA:

(*Continúa*) Vean ustedes este cable, por ejemplo, de Nuevo Laredo: (*Lee cable*): “el 16 de septiembre por la noche, en los momentos en que estaba más concurrida la plaza, el señor Argüelles, administrador de la aduana, desde el quiosco, con voz clara aunque bastante conmovido, dio cuenta al pueblo del cobarde atentado de que fue víctima el Señor Presidente de la República, concluyendo con estas palabras: ‘¡Viva el Señor General Porfirio Díaz! ¡Viva la nación mexicana sin criminales!’ Y el pueblo aclamó entusiasta a nuestro digno Presidente”. Como éste cable, hay otro por cada ciudad y villa de nuestra república, para no mencionar los plácemes de las colonias extranjeras y de los dignatarios de todos los países civilizados del mundo.

LIMANTOUR:

Los banqueros también están mostrando expresiones de apoyo, Señor Presidente. Ya me han comentado varios de ellos que una verdadera desgracia sucedida al Señor General Díaz hubiera afectado dolorosamente al país. Ahora que nuestros cuantiosos valores atraviesan por una crisis a causa de la baja de la plata, sólo el prestigio del Señor General Díaz en el extranjero ha evitado la fuga de capitales.

(Todos le aplauden a Díaz).

DÍAZ:

El único nubarrón en esta historia, que por otra parte me ha granjeado una muestra tan satisfactoria de aprecio y simpatía, ha sido la muerte del pobre desgraciado Arnulfo Arroyo. Hoy mismo por la mañana me vi obligado a declarar al *New York Times* cuánto lamentaba --cuanto lamento-- el triste fin de mi agresor. Porque ya no puedo vanagloriarme, como antes, de que en México, a diferencia de los Estados Unidos, no se lincha. Ya saben ustedes que éste ha sido siempre un punto de orgullo para nosotros los mexicanos, pero esta madrugada, México ha tenido el primer linchamiento de su historia. Yo les aseguro que la justicia caerá sobre los culpables con su rigor, después de esclarecidos los hechos, para satisfacer las elevadas ideas morales de la nación y de la civilización.

REYES SPÍNDOLA:

Como siempre, sus palabras nos contagian del más elevado patriotismo, Señor Presidente, pero hay que tomar en cuenta que a pesar del progreso y la instrucción, nuestro pueblo, de corazón, sigue siendo sencillo y reacciona impetuosamente cuando ve que su ídolo ha sido ofendido. A fin de cuentas, y conste que no lo justifico, lo del pueblo ha sido un acto de amor.

DÍAZ:

Señores; muchas gracias.

(La comitiva comienza a marchar. Sierra llama a Limantour a un lado, con un gesto. Salen todos menos Sierra, Limantour y Bulnes).

SIERRA:

Pepe, por favor explícanos qué pasó esta mañana en la comisaría.

LIMANTOUR:

Ahora no, Justo.

*(Sale Limantour a paso veloz, para alcanzar la comitiva de Díaz.
Pausa).*

BULNES:

Primera vez que la palabra "civilización" me produce el calosfrío de lo grotesco: ¿cómo puede el General Díaz decir, con tamañas lágrimas de cocodrilo, que el asesinato de ese borrachín fue un acto de justicia popular, cuando toda la evidencia apunta a que fue una venganza, o peor todavía, un ardid publicitario! Éste ha sido un sacrificio bárbaro que nada ha tenido que ver con la civilización. ¿Escuchaste las zalamerías de Reyes Spíndola?

SIERRA:

(Suspira). Si, Pancho, ni qué decir. Nuestro pobre México ha tenido que hacer una transacción dolorosa: progreso a cambio de dictadura. Y bueno, en toda negociación de esta clase hay momentos de retroceso.

BULNES:

Pero me preocupa que la mentira y la lisonja campean cada vez más en nuestra vida pública. Este acto de barbarie está resultando demasiado natural, como si nuestro liberalismo tuviese una degeneración o deformación de origen. Nuestros hombres de estado no se elevan por encima del populacho para ilustrar y gobernar sino para ser adulados, mientras que los verdaderos aristócratas del pensamiento y de la acción, como Don Melchor Ocampo, quedan siempre relegados a papeles secundarios.

SIERRA:

¿Te refieres a ti mismo?

BULNES:

A mí, sí, pero también a ti, y aún al pobre de Pepe Limantour: se habla de él como de un dios, pero no pasa de hacerle la segunda a Don Porfirio.

SIERRA:

¿Y qué propones, Pancho?

(Pausa.)

BULNES:

Pues lo voy a pensar, que eso es lo nuestro.

ESCENA 5

JOCKEY CLUB. PRIMAVERA DE 1903.

BULNES *(dirigiéndose al público como narrador):*

En el año 1900 dizque murió el siglo diecinueve pero Don Porfirio no se dio por aludido y se hizo reelegir por quinta ocasión consecutiva, sin darle al país siquiera el asomo de una oportunidad de implementar el programa político que habíamos trazado desde 1892. México seguía creciendo en

lo económico, cierto, pero estábamos más lejos que nunca de tener un partido liberal robusto, y tampoco teníamos fórmula de transición presidencial. Justo y yo ya nos habíamos retirado de la política electoral, o mejor dicho “reelectoral”, que siguió siendo manejada por la Sociedad de Amigos del General Porfirio Díaz. En vez, nos dedicamos cada uno, como mejor podíamos a nuestros respectivos terrenos políticos e intelectuales: en la Escuela Nacional Preparatoria, en los periódicos, en el congreso. Por mi parte, tal vez como signo de mi arribo a una edad madura, me dedicaba cada vez más a la historia científica, que es el único tribunal que está obligado a fallar siempre por la verdad, y le puse por título a mi primer trabajo propiamente histórico: “Las grandes mentiras de nuestra historia”.

Hasta que una tarde de 1903 fui citado por Pepe Limantour aquí en el Jockey Club. Se venía la sexta reelección, y Don Porfirio ya andaba por los 73 años. Quería volver a reelegirse, según su costumbre, pero en esta ocasión tuvo que enfrentar presiones algo más contundentes—

MESERO 1 (*interrumpiendo*):

Sus periódicos del día don Pancho. (*Le entrega seis periódicos.*) ¿Le sirvo lo de siempre?

BULNES:

Gracias, Anselmo. Deme uno doble, mientras espero.

(Bulnes recoge un periódico, comienza a hojearlo y se interesa por una nota. Entran Limantour y Sierra).

LIMANTOUR:

Pancho, gracias por acudir a la cita y perdona mi retraso pero necesitaba absolutamente que nos reuniéramos hoy y quería que también nos acompañara Justo.

BULNES:

(Saludando) No tengas cuidado, Pepe, yo también acabo de llegar. Qué gusto verlos.

(Se sientan. Mesero 1 y Mesero 2 los atienden).

LIMANTOUR:

Gracias de nuevo, amigos míos, por atender a un llamado tan de última hora, pero ayer por la tarde tuve una larga y trascendente entrevista con el General Díaz. Como saben, la negociación de nuevos préstamos que hice en París está asegurada. Lo que no se publicó es que tanto los banqueros franceses como los alemanes y los ingleses me manifestaron, uno tras otro, que condicionaban sus préstamos a que garantizáramos algún arreglo viable y transparente para la sucesión del General Díaz.

MESERO 1 (*a mesero 2, aparte, mientras se retiran*):

¿O sea que en Europa están creídos que Don Porfirio es mortal?

LIMANTOUR (*continúa*):

Pues bien, el lunes pasado le comuniqué al General Díaz esta situación, junto con una propuesta que, según las discusiones que tuvimos, dejaría satisfecha a la banca europea. Mi idea inicial era simplemente revivir lo que había propuesto aquí Justo en su discurso de la primera convención: crear la figura de un vicepresidente que pueda fungir como sucesor del General Díaz en caso de su muerte. A los banqueros les pareció bien la idea, a condición de que el vicepresidente fuera nombrado por el General Díaz en consulta conmigo, para garantizar continuidad en la política económica.

SIERRA:

Imagino que comunicarle eso a Don Porfirio no habrá sido nada fácil.

BULNES:

Si alguna vez el General te miró con suspicacia como posible aspirante a sucederlo, ahora te resentirá de plano como a un usurpador.

LIMANTOUR:

No se crean. Mi papel en realidad era sencillo, tenía tan sólo que comunicar las condiciones de las casas financieras y dejarle a Don Porfirio la decisión. Y finalmente ayer ya me citó el Señor Presidente para comunicarme que concordaba con las recomendaciones de la banca, pero bajo la siguiente fórmula: introducción de la figura de un vicepresidente, sí, pero junto con otro cambio constitucional mediante el cual pasaremos del sistema cuatrienal a uno sexenal. Así, según me comunicó el General, él tendrá un par de años más para morirse o para pasar al retiro, y la paz en la sucesión quedará garantizada.

SIERRA:

¿Y a quién se le ofrece para el puesto de vicepresidente?

LIMANTOUR:

Pues fíjense que en esto me sorprendió otra vez la estatura de estadista de Don Porfirio: dijo que consideraba que el vicepresidente no debe ser el jefe de ninguna de las facciones que se disputan la presidencia, o sea no podemos ser ni yo ni el General Bernardo Reyes. Dijo que había estado cavilando sobre otras posibilidades, y que qué me parecía... ¡Don Ramón Corral!

SIERRA:

Pues felicidades, Pepe. Por lo visto, has logrado regresarnos al curso que parecía perdido.

LIMANTOUR:

Gracias, Justo. Creo que ahora sí estamos de nuevo ante la oportunidad y el reto de consolidar las instituciones políticas de nuestro país.

BULNES:

Suena muy bien en verdad; felicidades, Pepe... pero no hay que subestimar al viejo zorro de Don Porfirio, que algo le habrá dolido el acicate que le pusieron tu y la banca. Tendrás que mantenerle la presión.

LIMANTOUR:

Pues tendrás oportunidad de hacerlo tu mismo, Pancho, porque también hablamos de la conveniencia, para lanzar la candidatura de Don Porfirio como presidente y de Don Ramón para la vicepresidencia, de hacer una segunda Convención de la Unión Liberal.

BULNES:

O sea que quiere una segunda convención para presumir que cumple el programa de la primera, aunque sea con once años de retraso.

LIMANTOUR:

Don Porfirio me preguntó que a quién sugería para realizar el discurso de lanzamiento. Pensando en la importancia de volver al carril de la primera Convención, sugerí el nombre de Justo, pero Don Porfirio, con eso de que le gusta darle su propio giro a las cosas, prefirió mejor no repetir y me instruyó que a su nombre te pidiera que tu hagas el discurso, Pancho.

BULNES:

¡Híjoles!

SIERRA:

¡Enhorabuena!, el honor es más que merecido, y nadie mejor que tú está a la altura de semejante responsabilidad.

BULNES:

Pues aunque agradezco el honor, la responsabilidad me pesa bastante, y no sólo porque Don Porfirio vaya a estar respirando por la herida, sino también porque Bernardo Reyes y su gente estarán furiosos con la fórmula de Ramón Corral en la vicepresidencia. Los ataques de ese lado contra cualquier cosa que huelga a tu facción, Pepe, ya se vienen muy duros. Mira lo que dice la prensa reyista hoy sobre tu negociación de París: (*lee del artículo que había estado leyendo*:) “Quieren convencer a la república de que la acción de “los científicos” —entre comillas— es honrada y beneficiosa para el pueblo. Nada más engañoso. El Partido Científico que dirige el señor Limantour tiene todos los caracteres

de ser una agrupación política de mera especulación. Si se habla de bancos, los científicos son los únicos concesionarios. Si de caminos de fierro, ellos intervienen como contratistas; si de empresas agrícolas, a nadie permiten que meta la mano. El científico mexicano es el tipo primordial del judío.”

SIERRA:

Desde la reelección pasada que están con esa cantinela: que Pepe no puede ser presidente dizque porque es extranjero y que los científicos somos una partida de judíos especuladores que comerciamos con la sangre del pueblo. Están empecinados por llevar a los militares al poder y no quieren entender que de lo que se trata aquí es de formar un partido liberal único, es decir, un sólo partido, amplio e incluyente, que garantice pacíficamente las sucesiones presidenciales y con ellas nuestra evolución social.

BULNES:

Pues no sé, Justo. No hay nada más nefasto que nuestro militarismo, desde luego, pero tampoco creo ya que sea posible la fórmula del partido único. Para que haya un partido, tiene que haber, hasta por lógica, un contrario. La misma palabra “partido” implica una pluralidad, y cuando una sociedad llega a ser un organismo tan complejo como el nuestro, sus diversas partes necesitan representación.

SIERRA:

O sea que no te mantienes fiel a los principios de nuestra declaración del noventa y dos: allí no admitíamos ni la mención de legitimar un partido conservador, que ha sido el partido de los traidores y de los retrógradas, ni de un partido socialista, que es el partido de la anarquía. Creí que estábamos de acuerdo en que hay que consolidar las instituciones del estado liberal para garantizar un progreso ordenado.

BULNES

Yo sigo fiel a mi compromiso con la realidad y con la verdad positiva. Por lo mismo, me doy cuenta de que no estamos ya como en aquellos tiempos en que brindábamos, desde nuestras trincheras, por la paz y el progreso. En ese entonces, afirmábamos que la regeneración del país por las ideas era imposible mientras las ideas no fueran de la mano de un progreso económico que les diera sustento, y ese progreso tenía a la paz como condición indispensable. Era nuestra crítica del liberalismo idealista de los tiempos de Juárez. Pero hoy pienso que sin la corrosión del ácido de la crítica, nuestra política está podrida, con o sin capitales. La crítica de nuestras costumbres y de nuestra raza es un acto de higiene. Hoy me parece más urgente ponerme al servicio de la verdad.

LIMANTOUR:

No sé, Pancho. No te veo como un anacoreta, recluso en tu cueva como San Jerónimo, con un libro en una mano y una calaca en la otra. Usted, ingeniero Bulnes, ha sido siempre un hombre práctico y pragmático.

BULNES:

¿Y qué sabemos si antes de ser un visionario, San Jerónimo no haya sido también un hombre práctico? Pero dices bien, Pepe: yo no corto la figura de un ermitaño. A mi lo que me interesa ahora es lo que nos ha interesado siempre: luchar por la civilización en el país en que, buena o malamente, nos tocó nacer.

SIERRA:

Pero ese país no ha cambiado tanto, Pancho. Civilización es igual a Educación, y la condición de nuestra educación sigue siendo la Paz, cobijada por un estado liberal e ilustrado.

BULNES:

¿Educación? ¿Y a qué nos llevará la educación popular, sin el desarrollo de una economía industrial? La gente educada quiere empleos, y si no los hay en la industria, los querrá en el gobierno. Cuando el gobierno no puede ofrecerlos, harán su revolución y se acabó la paz. Por otra parte, el silencio de la dictadura o del partido único tampoco es garantía de paz. La sucesión del General Díaz es en realidad un trance sumamente delicado.

LIMANTOUR:

Pues ahora sí me inquieta saber lo que dirás en tu discurso.

ESCENA 6

SEGUNDA CONVENCION NACIONAL LIBERAL. 21 DE JUNIO DE 1903.

SIERRA (*dirigiéndose al público como narrador*):

Segunda Convención Nacional Liberal, 21 de junio de 1903.

(Bulnes al podio, de frente al público, da el discurso. Al fondo, también de frente al público, están sentados, como ídolos de cartón, Díaz y Carmelita, ahora visiblemente envejecidos. Díaz tiene un aire apolillado y su traje de gala luce cada vez más medallas y distinciones. En primer término, de espaldas al público, como si estuvieran sentados en la primera fila de la sala, Sierra, Limantour y varios otros escuchan el discurso).

BULNES (*Leyendo discurso*):

Señores delegados,
he tenido la honra de ser nombrado para proponer y fundar la candidatura del Señor General Díaz, para Presidente de la República.

(Aplauso del público).

Con gusto he aceptado y me apresuro a dar las gracias por esta insigne distinción. Estoy seguro de que no sólo la mayoría, sino la totalidad de los miembros de esta asamblea son partidarios de la reelección del General Díaz. A los partidarios no hay que convencerlos, y mi deber podía reducirse a invitarlos a votar con una frase de aclamación y cariño por el Presidente de la República.

El país escucha constantemente el elogio del General Díaz, pero también desea saber si la suya es una obra precaria o duradera, si es una obra momentánea o una obra de salvación definitiva. La historia nos presenta páginas en blanco que no debemos llenar con frases de adulación, sino con razonamientos contundentes para presentar la reelección como acto nacional, indispensable y honroso para el pueblo mexicano.

Es muy difícil sostener una sexta reelección ante un criterio institucional democrático. El argumento de los jacobinos es: jamás un pueblo demócrata ha votado una sexta reelección; luego el pueblo mexicano no debe votar la sexta reelección. El argumento positivo debe ser: jamás un pueblo demócrata ha votado una sexta reelección; pero si se prueba que la sexta reelección es necesaria para el país, hay que deducir, serena y tranquilamente, que todavía no somos un pueblo democrático.

(Sierra, Limantour y los demás —es decir, el auditorio— intercambian miradas de consternación).

Desgraciadamente, el principal argumento de la reelección, recogido en el campo de las conveniencias, aterra más bien que alienta. Se le dice al pueblo: 'la conservación del Señor General Díaz en el poder, es absolutamente necesaria para la conservación de la paz, del crédito y del progreso material'. ¡Nada más propio para acabar pronto con el crédito, que anunciar al orbe, que después del General Díaz, caeremos en el insondable abismo de miserias de donde hemos salido!

En efecto, señores, ¿cómo concebir que haya quien nos preste millones de pesos por centenares, si hemos de hacer bancarota, según nosotros mismos, antes de poder pagar la trigésima parte de nuestras deudas? ¿Cómo es posible que los banqueros norteamericanos y europeos, que nos ven, que nos escuchan, que nos observan, que nos estudian, que nos escudriñan y que nos oyen decir todos los días a grito partido: 'sin el General Díaz, la paz se hunde', cómo es po-

sible que esas personas, se apresuren a prestarnos cantidades fabulosas de dinero? Una de dos: o los norteamericanos y europeos tienen un idea más levantada, más completa y más verdadera de la nación mexicana que la muy miserable que proclaman los políticos efervescentes; o bien el crédito de México reposa en los acorazados, en los cañones Krupp, en los formidables ejércitos, en la inconmensurable potencia militar de sus acreedores. En este triste caso habría que convenir en que las operaciones financieras que estamos ejecutando, no son préstamos que nos honren, sino la venta de la patria, que nos envilece.

(Silencio).

Hay peor todavía: si la obra del Señor General Díaz debe perecer con él, la nación tiene que decirse a sí misma: 'he hecho añicos el testamento de cincuenta años de glorias por la república Federal; he comprometido mi trabajo, mi honor, mi riqueza y mi nacionalidad, pidiendo cuatrocientos y tantos millones de pesos al extranjero; y todos esos sacrificios los he hecho por la paz bendita, por el crédito, que es el honor, por el progreso material, que es la redención; he peleado cien años buscando la libertad y encontrando siempre la anarquía; llevo veinte años de obedecer ciegamente, porque se me ha dicho que la obediencia sería mi salvación'.

Cómo decirle ahora tranquilamente a esta nación: 'todos los sacrificios que has hecho han sido para que tengas sólo un rato de paz, un rato de crédito, un rato de bienestar, un rato de decencia mientras te vive el General Díaz; pero tu destino es el del judío bíblico: errar de noche en noche, de caos en caos, de dictadura en dictadura, de anarquía en anarquía, hasta caer desfalleciente, degradada y andrajosa, no en las bayonetas porque los esclavos extenuados no saben pelear, sino en las carmañolas repletas de sopa de cualquier conquistador.' ¡Decirle a ese pueblo: 'la reelección no es más que la bolsa de oxígeno de tu agonía: tu vida nacional y tu civilización tienen que caer en la misma fosa que la vida humana del General Díaz!' Francamente, señores, presentadas así las cosas, nada más lúgubre que la reelección.

(El auditorio se retuerce incómodamente)

Hay una verdad adquirida en sociología, y es que cuando la obra política de un estadista no puede sobrepasar su vida, es obra fracasada. Pero yo creo que el porfirismo y el mexicanismo no son antagónicos, sino que hay que armonizarlos. Y para ello es preciso que la riqueza de que se nos habla no se convierta en indignancia por la brusca náusea de la anarquía; es preciso que los kilómetros de vías férreas no sean arrancados por las crispadas garras de la Guerra civil; es preciso que los hilos telegráficos no vuelvan a anunciar al mundo nuestra barbarie, nuestra laxitud, nuestra impo-

tencia; es preciso que de esta paz no salga sangre, que de esta quietud no surjan patíbulos, que de este crédito no se desprendan huestes extranjeras que nos arranquen la nacionalidad; es preciso, sobre todo, que ese sentimiento de la nación por el General Díaz, tan grande, tan noble, tan leal, no se transforme más tarde en el aleteo de una desesperación tenebrosa, en decepciones y resentimientos. Si la obra del General Díaz debe perecer con él, no hay que recomendar la reelección; hay que recomendar el dolor como un espectáculo de muerte.

(Una persona aplaude; se da cuenta de que es el único y deja de aplaudir).

El General Díaz ha hecho la paz. ¿Cómo la ha hecho? Voy a decirlo: con todas las reglas del arte, delineadas por el emperador romano Augusto, que duró 44 años en el poder, y finalmente percibidas, observadas y enunciadas por Nicolás Maquiavelo.

(Díaz y Carmelita intercambian una mirada).

El General Díaz, como el emperador Augusto, ha prodigado un gran respeto a la forma solemne de las instituciones, y ha ejercido el poder haciendo uso de un *mínimum* de terror y del *máximum* de benevolencia. Como el emperador romano, para acabar con los caudillos, ha empleado por excepción, los medios terribles. Como el celebre emperador, ha suprimido los grandes mandos, ha fraccionado a los legionarios, ha segregado del servicio activo a los caudillos; no les confía la prefectura del pretorio, pero los colma de honores, de riquezas, de concesiones, de afectos; les concede cuanto su ambición desea, menos soldados bajo sus órdenes ni estados federales bajo su gobierno. Augusto cuidaba de repartir trigo y tierra a los veteranos fuera del servicio activo; el General Díaz ha cuidado siempre de repartir quincenas a la clase militar.

(El auditorio cuchichea entre sí, con urgencia, brevemente).

Las obras de la naturaleza de las del General Díaz, duran lo que la vida de sus autores. La historia de Roma nos enseña que la regla general era que a un buen gobernante sucedía un malvado. Después de Augusto, Tiberio; después de Marco Aurelio, Cómodo; después de Alejandro Severo, Maximiano, y así sucesivamente. El régimen personal como sistema es muy malo; como excepción es muy bueno. El régimen personal como sistema tiende a convertir al pueblo en una especie de hembra sucia y prostituida; por los grandes favores que recibe de los gobernantes virtuosos y los golpes y crueldades que le propinan los tiranos abominables.

El General Díaz, como Augusto, ha sido un buen gobernante. La paz está en las calles, en los casinos, en los teatros, en los templos, en los caminos públicos, en los cuarteles, en las escuelas, en la diplomacia; pero no existe ya en las conciencias.

¡La nación tiene miedo! La agobia un calosfrío de duda, un vacío de vértigo, una intensa crispación de desconfianza. El país quiere, ¿sabéis señores, lo que verdaderamente quiere este país? Pues bien, quiere que el sucesor del General Díaz se llame... *(El auditorio aguanta la respiración...)* ¡LA LEY!

(El auditorio aplaude y ríe, aliviado).

¿Qué ley? Cualquiera. Con tal que no sea la más hermosa, sino la positiva, la verdadera, la que nos convenga.

Y sin embargo, ¿qué es lo que ve el país que se le ofrece para después del General Díaz? ¡Hombres y nada más que hombres! Pero para después del General Díaz, el país ya no quiere hombres: la Nación quiere partidos políticos; quiere instituciones; quiere leyes efectivas; quiere *lucha* de ideas, de intereses y de pasiones.

La obra política del General Díaz no tiene continuación, porque no hay en México actualmente partidos políticos, ni facciones; la obra actual tiene por base la desorganización política del país. Pero la función política es natural, es propia, es fisiológica, en un organismo social sano.

Los poetas creen en la paz de los sepulcros; nosotros los científicos, no: porque en cada sepulcro hay una *lucha* tremenda e incesante de microbios; en cada sepulcro se desarrolla una vida activa, feroz, febricitante, odiosa, desesperada, sostenida durante años por billones de seres microscópicos. La paz natural, que es la lucha orgánica, tiene indeclinablemente por alma, la guerra política.

La nación debe tener fe profunda en el General Díaz, cierto, pero también en sí misma, o renunciar a ser nación. *(Aplausos breves.)* No es posible sentirse menor de edad y aspirar a la soberanía. El pueblo mexicano ha recorrido 10 siglos en apenas 80 años, por un camino quebrado, tortuoso, intransitable. Este pueblo magullado, maltratado, desgredado, quebrantado, chorreando vicios, chorreando miserias, chorreando sangre, chorreando a veces gloria y siempre ambiciones, ha alcanzado al fin la retaguardia de los grandes pueblos.

(Silencio).

Para concluir, la reelección debe servir para que el General Díaz complete su obra. No se entienda, por lo que he dicho, (y he dicho mucho), que trato de imponerle un programa a la reelección.

(Sierra y Limantour comparten una mirada de complicidad).

Sé muy bien, y ya lo dije, que el partido liberal dejó de existir desde hace muchos años. La historia enseña que, o no hay partidos políticos, o hay por lo menos dos, y si se quiere reorganizar el partido liberal, es preciso que se reorganice el partido conservador, para que venga a combatir con nosotros. Nuestra contienda será saludable y provechosa para el pueblo mexicano.

(Aplausos tibios).

Tomad todo lo que he dicho como simples deseos, que podéis desde luego condenar. Me limito, sólo, a proponeros, que votemos con cariño la nueva reelección del General Díaz.

(Grandes y prolongados aplausos dirigidos al General Díaz).

ESCENA 7

BIBLIOTECA DE BULNES. DÍA SIGUIENTE.

(Bulnes en su biblioteca, escribiendo. Está rodeado de una impresionante colección de libros y documentos.

Lee un fragmento de lo que acaba de escribir):

BULNES:

(Leyendo:) “Yo siempre he sido escéptico ante el honor de las naciones, como cuando se trata de las once mil vírgenes, que jamás existieron. Las naciones no tienen honor, tienen apetitos, egoísmo, crueldad, no obran más que por su interés, aún cuando éste sea la iniquidad. Siguen la ley internacional sólo cuando no tienen la fuerza suficiente para violarla o cuando no es negocio burlarse de ella.”

(Sigue escribiendo.

Entra María Teresa Irigoyen y de la Vega —esposa de Bulnes— seguida de Sierra y Limantour).

MARÍA TERESA BULNES:

Pasen ustedes señores, Pancho está aquí trabajando en su biblioteca. Los dejo solos: con permiso.

SIERRA Y LIMANTOUR:

Gracias, Doña María Teresa.

(Sale María Teresa Bulnes).

BULNES:

Justo; Pepe: qué gusto. Pasen, por favor. *(Pausa un poco incómoda.)* Son los primeros amigos que me vienen a ver,

así es que he estado toda la mañana dejando que mis musas me entretengan.

SIERRA:

Venimos a felicitarte y a comentar el notabilísimo discurso de ayer. Muy impresionante.

BULNES:

Se que fue un discurso muy delicado, espero no haberle causado demasiada incomodidad a mis amigos.

LIMANTOUR:

Pues, hiciste sudar a todo tu público anoche, y no fui yo el que menos sudó, Pancho. Arrancar con aquello de que no hacía falta convencer a nadie de que votara por Don Porfirio y que mejor había que hablar de cosas importantes... La verdad no veo qué se ganó dándole, desde tu olimpo, una bofetada a todos los lambiscones cuya tarea única—ya lo sabemos— es proclamar a los cuatro vientos que Don Porfirio es el Hombre Indispensable; ¡si ya habíamos negociado, con tantos apuros, la nueva ley del sexenio y la vicepresidencia! Voy a tener que pasar al menos una semana apaciguando al General.

SIERRA:

Y casi a renglón seguido te avientas aquello de que había que deducir “serena y tranquilamente” que no somos un pueblo democrático: ¡primera vez que oigo que alguien lanza un candidato a una contienda electoral, aclarando de antemano que se trata de un dictador!

BULNES:

Entiendo sus reclamos, señores, pero el capricho es una característica de toda dictadura, y escogerme a mi como orador fue un capricho del General Díaz. Lo que dije ayer es una solemne verdad: no pretendo imponerle un programa a la reelección, y no porque no quiera sino porque sé que no puedo. Nos consta, desde tiempos de la Primera Convención y de tu tan esperanzado discurso, Justo, que no podemos... o quizás sólo tu puedas, Pepe. Pero el discurso me lo pidieron a mi, y yo, desde hace años tengo claro que mi papel está en la contienda por nuestras conciencias. Cada vez me convenzo más de que la falta de ideas es también un problema político.

LIMANTOUR:

Te aseguro que pese a tus insinuaciones, el General Díaz sí va de acuerdo en que es tiempo de afianzar nuestras instituciones políticas para asegurar el curso de la economía a largo plazo.

BULNES:

Ojalá y así sea.

LIMANTOUR:

Y bueno, reconozco que es muy cierto aquello de que la banca extranjera tiene una mejor opinión de nuestro país que la de nuestra propia opinión pública.

BULNES:

(A Sierra.) La verdad, Justo, mi admiración por tu discurso de la Primera Convención sólo creció cuando me senté a escribir el mío, y se que no logré ni lograré nunca hacerlo con la sutileza y la suavidad que tu conseguiste en aquellas memorables palabras.

SIERRA:

Al contrario, Pancho, y no lo digo por cortesía: tu discurso de ayer me pareció la pieza de oratoria más notable que ha habido en México en nuestro tiempo.

LIMANTOUR:

Es verdad que aunque le sobran frases ásperas, y algunas de ellas eran francamente insultantes, como aquello de las quincenas a los militares que no hacía ninguna falta, al fin el discurso generó, por primera vez tal vez, una conciencia parca de la necesidad de pensar en la sucesión como en algo más que el nombre de un caudillo predilecto.

BULNES:

Aprecio mucho sus concesiones tan generosas.

SIERRA:

(Señalando los documentos que escribe Bulnes). ¿Y ahora qué? ¿Estas preparando respuestas a los ataques que seguro vienen en los periódicos de la semana, o acaso una carta conciliatoria al General Díaz? Que por cierto no estaría de más.

BULNES:

Nada de eso, Justo. Estoy entusiasmado con un libro que vengo preparando desde hace algunos meses acerca de Don Benito Juárez.

SIERRA:

¿De Don Benito? ¿Y cual es tu argumento?

LIMANTOUR:

Porque conociéndote, dudo que estés repasando tanto documento sólo para pasarle el sahumero al benemérito.

BULNES:

Curioso que menciones el sahumero, porque tiene mucho que ver con mi libro. Mira, te paso un apunte para mi prólogo, para que veas de qué se trata...

LIMANTOUR:

(Leyendo): “El molde en que hemos fundido la figura de Juárez es el inmenso vacío de nuestras ignorancias, y en

consecuencia la escultura ha resultado colosal. Juárez está en camino de ser un buda zapoteca y laico, imponente y maravilloso, emanado del caos intelectual, siempre tenebroso por la ausencia de criterio de nuestras clases ilustradas, por la exuberancia de vanidad de nuestras masas, y por la necesidad de catolicismo residual, que busca siempre una imagen y un culto.”

(Exhala. Pausa).

SIERRA:

Qué bárbaro, Pancho. Un liberal metiéndose con Don Benito es como un católico negando la aparición del Tepeyac. ¿Y tu argumento?

BULNES:

Lo que pretendo es escribir un tratado de historia científica, basado en documentos, que haga una valoración justa y mesurada del personaje. Mi intento no es restarle méritos a Don Benito, sino demostrar que Juárez era una figura mediana, cuyo mayor aliado a fin de cuentas fue la casualidad. Señores, el aspecto moral y físico de Juárez no era el del apóstol, ni el del mártir, ni el de hombre de estado, sino el de una divinidad de teocali, impasible ante la húmeda y rojiza piedra de los sacrificios. *(Toma el Ejécatl de piedra que se encuentra entre los libros y lo coloca sobre su escritorio.)* Por eso tengo aquí a éste fetiche, que desgraciadamente sigue siendo la imagen de nuestra política.

SIERRA:

¿O sea que tu Juárez es un hombre mediocre?

BULNES:

Y es que lo fue. Su personalidad no se puede comparar, por ejemplo, con la del gran Melchor Ocampo, siempre iluminado por imágenes incandescentes e ideas brillantes. Juárez no hacía discursos, ni libros, ni ocupaba la prensa, ni escribía epístolas, ni conversaba en la intimidad, ni tenía *esprit*. Pero Juárez tenía, sobre Ocampo, la suprema cualidad de los ambiciosos, saber esperar; la impaciencia le era desconocida; le faltaban nervios, como a las piedras. Su único lenguaje era el oficial: severo, sobrio e irreprochable, fastidioso e inaguantable.

LIMANTOUR:

Pero, Pancho, ¿te das cuenta que si sales con un libelo contra Juárez te vas a perjudicar no sólo tú, sino que vas a ponernos a todos nosotros, y hasta a Don Porfirio, en un trance delicado? ¿Si ya sabes que los jacobinos y los reyistas no quieren otra cosa más que demostrar que no somos verdaderos liberales!

BULNES:

El papel del historiador es el de un magistrado: busca aclarar y hacer pública la verdad. Yo, hoy, soy un historiador, y me parece que la verdad de la historia de Don Benito tiene elementos instructivos tanto para nuestro pueblo como, por qué no, para nuestro Presidente.

LIMANTOUR:

No tengo esperanzas de instruir al Señor Presidente. Si tú lo pretendes, ¿por qué mejor no escribes “El Verdadero Díaz” y que de una vez nos fusilen a todos?

BULNES

Tal vez algún día lo haga.

LIMANTOUR:

Entiende, Pancho, lo que me preocupa es que justo en este momento salga un ataque a Benito Juárez de un miembro tan señalado de nuestro grupo y que ocupe una retórica tan vehemente como la tuya. En una frase: ¿cómo caracterizas a Don Benito Juárez en tu libro?

BULNES:

Mi capítulo central trata de lo que yo llamo “La inquebrantable debilidad de Juárez”.

LIMANTOUR:

¿“La inquebrantable debilidad de Juárez”? Este dizque simpático juego de palabras nos puede pasar a perjudicar de a veras. Te recomiendo que no lo publiques. Me esperan en Palacio; con permiso.

(Sale. Pausa).

SIERRA:

Pancho, creo que más que otra cosa, Pepe es un buen amigo y está preocupado por ti.

BULNES:

No, lo que acaba de suceder es una desavenencia muy honda, irreparable tal vez. Contra todas las apariencias, tengo más fe que Pepe en las posibilidades que se le abren a México por los progresos y sacrificios de la dictadura. Por eso me parece indispensable la discusión, y no sólo la instrucción por la que tanto has hecho, Justo. Mi libro de Juárez muestra que un pueblo incapacitado para la democracia no puede tener más que amos. En tiempos de Juárez el destino nacional era oscilar entre la anarquía y el despotismo. Juárez tenía, cómo hasta hace poco también lo tuvo Don Porfirio, el derecho de funcionar como pitonisa para interpretar los vapores de la voluntad del pueblo. Pero ésta usurpación de la voluntad popular sólo se justifica mientras sirva para evitar el desbordamiento de la rapiña

y la iniquidad de la demagogia. A diferencia de Pepe, yo pienso que México se debe alistar ya para la democracia, aunque sea restringida, y que tiene por fuerza que aprender a hacer frente a la crítica.

SIERRA:

Si Pancho, pero existe una condición necesaria para que la crítica no sea recibida como un insulto. Esa condición se llama: instrucción. Yo pienso que nuestro papel es contribuir todo nuestro esfuerzo a la educación y al progreso, y que la crítica, que es un remedio amargo en una sociedad culta, es un veneno indigerible para el ignorante.

BULNES:

¿Qué dices? ¿Qué México es una sociedad sin conciencia o pre-consciente? Yo creo que cada civilización en todo momento tiene la obligación de reflexionar sobre si misma.

SIERRA:

De acuerdo, quién discutiría ese punto, pero la discusión no puede hacerse pública si no hay antes un pueblo instruido. Nuestro papel se parece, todavía, al de los frailes franciscanos que educaban con firmeza y con dulzura, y que sólo discurrían entre si tras los muros del convento. Aún no estamos en el caso de los polemistas modernos que fustigan al público ilustrado. Este libro que estás escribiendo va a ser un veneno para ti y mucho me temo, mi viejo amigo, que no vamos a poderte acompañar cuando todas las facciones políticas de nuestro país – reyistas, católicos, jacobinos, conservadores, hasta el mismo Porfirio Díaz; ¡hasta los mismos científicos, vaya!– se unan en una airada defensa del immaculado Juárez contra el maquiavélico Bulnes.

BULNES:

Agradezco la preocupación, que reconozco como una prueba de verdadero afecto, pero tú, Justo, más que nadie comprenderás que mis palabras de ayer sellaron ya mi rumbo y mi determinación.

SIERRA:

Sólo lamento, mi viejo amigo, que el rumbo que te has trazado vaya a terminar en repudio y soledad. Adiós, Pancho.

(Se dan la mano. Sale Sierra.

Bulnes se sienta y se frota la sien. Entra María Teresa Bulnes).

MARÍA TERESA BULNES:

¿Qué pasó, Pancho? Primero se fue Pepe sin despedirse y ahora me dijo Justo que se iba preocupado por ti.

BULNES:

(Se incorpora) Nada, mujer, ya sabes como son éstos. Vamos a comer.

(Bulnes recoge el Ejécatl para regresarlo a su lugar entre los libros, pero se le cae estrepitosamente al piso).

MARÍA TERESA BULNES:

¡Virgen santísima! ¿Se rompió el monito?

BULNES:

(Recogiéndolo íntegro) ¡Brincos diéramos!

(TELÓN)

Versión revisada: 19 de agosto de 2009.
México-Nueva York.

Sobre los autores de la obra:

ALBERTO LOMNITZ. Director y escritor teatral. Encabeza el proyecto de teatro para sordomudos Señal y Verbo, A.C. Correo electrónico: teatrodesordos@prodigy.net.mx

CLAUDIO LOMNITZ. Antropólogo e historiador. Actualmente es profesor e investigador en la Universidad de Columbia, EUA. Correo electrónico: cl2510@columbia.edu